

¿CÓMO PODEMOS SER LIBRES DE CARGAS EMOCIONALES MEDIANTE LA ORACIÓN?

Leer [Mateo 6:9-13](#)

CAVAR MÁS PROFUNDO...

Vamos a profundizar un poco más ahora y ver qué tienen que decir algunos otros pasajes de la Biblia acerca de ser libre a través de la oración. Miramos lo que dicen las Escrituras y como nos cuenta cómo se aplica a nuestra vida personal.

Huyendo de Dios (de [Lucas 18:9 – 14](#))

Un periódico oriental contó la historia de una mujer que conducía a casa cuando se dio cuenta de un camión de cola que estaba muy pegado a su carro detrás de ella. Hizo un giro, pero el camión se quedó con ella. Ella aceleró y el camión aceleró, también. ¡Corrió una luz roja, y también lo hizo el camión!

En pánico, ella chilló su carro en una gasolinera, lanzó abriendo la puerta y salió gritando de su carro. El conductor del camión frenó detrás de ella y saltó de su vehículo así también. ¡Pero en lugar de perseguirla, corrió hacia su coche, forzosamente abrió la puerta de atrás y sacó a un hombre que se escondió allí! El violador potencial se había agachado, desconocido a la dama, esperando su oportunidad. El conductor del camión, desde su punto alto, lo había visto. Él había perseguido el auto de la mujer para salvarla, no para hacerle daño.

Cuando se trata de su relación con Dios, muchas personas son como la mujer de este incidente. Pasan sus vidas huyendo de Dios, convencido que lo va a juzgar por sus pecados, cuando en realidad Él está persiguiéndolos para perdonarlos.

Hemos aprendido que en la **Oración Modelo** Jesús dijo que podemos ser perdonados sólo por preguntar. Nos dijo que oráramos, **“Perdónanos nuestras deudas”**. Ya sabemos que no nos hubiera dicho a orar una oración que no funcionara, sabemos que Dios nos perdonará cuando le pedimos hacerlo.

Pero algunas personas no están dispuestas a pedir. Hace falta humildad para reconocer que haber metido la pata y necesito perdón. Pero Jesús contó una parábola para mostrar que la admisión de culpabilidad es necesaria antes de que podamos recibir perdón. Él dijo:

¹⁰ **Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro recaudador de impuestos.**

¹¹ **El fariseo puesto en pie, oraba para sí de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: estafadores, injustos, adúlteros; ni aun como este recaudador de impuestos.**

¹² **“Yo ayuno dos veces por semana; doy el diezmo de todo lo que gano.”**

[LUCAS 18:10-12](#)

El fariseo, el primer hombre que oro, era un hombre religioso. Los fariseos eran conocidos en los días de Jesús no sólo por su celo por la ley de Moisés, sino por la “tradicción de los ancianos” — una lista de reglas que se habían desarrollado *en adición a* la ley de Moisés. Los fariseos intentaron mantener todas estas reglas y despreciaban a otros que no.

El fariseo en esta historia al parecer pensaba que estaba haciendo un buen trabajo de mantener todas estas reglas, porque su oración básicamente consistió en decirle a Dios lo que era un buen tipo, especialmente en comparación con los demás. Y más aún cuando se compara a este publicano que estaba orando, también.

Los recaudadores de impuestos estaban en el extremo opuesto del espectro social y religioso. Ellos fueron despreciados por todo el mundo. Eran israelitas que trabajaban para el gobierno romano victorioso, y así eran considerados traidores. Además, tenían una reputación bien fundada de deshonestidad. Las autoridades romanas tendían a mirar para otro lado si los recaudadores de impuestos recogidos homenaje un poco más que se suponían. Hizo para coleccionistas motivados. Fue una de las ventajas para ser tan odiado por sus compatriotas.

El recaudador de impuestos que llegó al templo ese día a orar al parecer había tenido un cambio de corazón. Tal vez había oído a Jesús hablar y quería reconciliarse con Dios. Después de todo, uno de los doce discípulos de Jesús fue Mateo, un ex recaudador de impuestos. Tal vez había esperanza para él también. Esto es lo que Jesús le dijo a él:

¹³ Pero el recaudador de impuestos, de pie y a cierta distancia, no quería ni siquiera alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, ten piedad de mí, pecador.”

[LUCAS 18:13](#)

La oración de este hombre era muy diferente a la del fariseo. Oró, “*Dios, ten misericordia de mí, pecador*”. Reconoció su culpabilidad. No hizo excusas y ni siquiera culpó a nadie más. Admitió que era culpa suya. Todo lo que quería de Dios era “*miser cordia*”. ¿Adivina qué? ¡Lo consiguió! Jesús dijo:

¹⁴ Os digo que éste descendió a su casa justificado pero aquél no; porque todo el que se ensalza será humillado, pero el que se humilla será ensalzado.

[LUCAS 18:14](#)

Jesús dijo que el recaudador de impuestos fue a su casa “*justificado delante de Dios*”—es decir, completamente perdonado. Lo aleccionadora en esta historia es que Jesús dijo el recaudador de impuestos “*en lugar del otro*” fue perdonado — es decir, o que hizo el fariseo *no* fue a su casa perdonado. ¿Cuál era la diferencia entre ellos? El recaudador de impuestos estaba dispuesto a admitir que era un pecador que necesitaba perdón. El fariseo no estaba dispuesto a admitir tal cosa.

El perdón es nuestro solo por preguntar. Pero el preguntar requiere humildad. Tenemos que estar dispuestos a admitir de haber metido la pata y no podemos medirnos en nuestros propios méritos. Luego perdón — y la libertad de la culpa — viene.

La historia es contada de un rey que un día visitó a los habitantes de una prisión. Habló a un hombre acusado de asesinato. “Soy inocente”, dijo el hombre. “Han arrestado a la persona equivocada”. Habló a otro hombre acusado de robo, quien le dijo, “no estaba robando el caballo... solo estaba prestándolo”. Otro hombre, acusado de traición, dijo, “Fue una trampa por mis enemigos”. Cada uno tenía una reivindicación de inocencia.

Finalmente, el rey se detuvo en la celda de un hombre que permaneció en silencio. “El rey dijo: “¿Supongo también que usted es una víctima inocente?”

“No, señor, no lo soy”, respondió el hombre. “Soy culpable y merezco mi castigo”.

Volviendo al director general, el rey dijo: “ahora, suelta a este hombre — ¡antes que corrompa a toda la gente inocente que está aquí!”

Asimismo, nuestra libertad ante Dios no viene de encubrir o negar nuestro pecado, sino de admitirlo. Dios está dispuesto a perdonarnos. Pero tenemos que preguntarles.